

EL ÚLTIMO TABÚ ESTADOUNIDENSE

Los acontecimientos de las últimas semanas en Palestina han supuesto un triunfo prácticamente total para el sionismo en Estados Unidos. El discurso político y público ha transformado tan rotundamente a Israel en la víctima durante los últimos enfrentamientos que, a pesar de que se han perdido aproximadamente 200 vidas palestinas y se han registrado 6000 heridos, hay unanimidad en que la «violencia palestina» ha desbaratado el curso tranquilo y ordenado del «proceso de paz». Hay en estos días una breve letanía de frases que todo editorialista repite literalmente o asume como presupuesto implícito: han sido grabadas en los oídos, la mente y la memoria como una guía de perplejos. Puedo recitarlas casi todas de memoria: Barak ofrecía más concesiones en Camp David que cualquiera de sus predecesores en el cargo de primer ministro israelí (el 90 por 100 de los territorios y la soberanía parcial sobre Jerusalén oriental); Arafat fue cobarde y no tuvo el valor necesario para aceptar las ofertas israelíes para poner fin al conflicto; la violencia palestina ha puesto en peligro la existencia de Israel -con todo tipo de variaciones sobre este tema, entre las que no faltan el antisemitismo, la furia suicida por aparecer en televisión, el sacrificio de niños como mártires; un viejo «odio» a los judíos arde en Cisjordania y Gaza, donde la OLP incita a los ataques contra éstos poniendo en libertad a terroristas y publicando manuales escolares que niegan la existencia de Israel.

La imagen general es que Israel está tan rodeado de bárbaros lanzadores de piedras que ni siquiera los misiles, tanques y helicópteros de combate utilizados para defender a los israelíes bastan para protegerse de lo que no es sino una fuerza invasora. Las exhortaciones de Clinton a los palestinos para que se «retiren», obedientemente repetidas como un papagayo por Albright, dan a entender que son los palestinos los que están ocupando el territorio israelí y no al revés. En los medios de comunicación estadounidenses la sionización es tan minuciosa que ni uno solo de los mapas publicados o aparecidos en televisión podría revelar a los ciudadanos estadounidenses la red de guarniciones, asentamientos, carreteras y barricadas israelíes que surcan Gaza y Cisjordania. En los mapas desaparece completamente el sistema de zonas A, B y C, que perpetúa la ocupación militar del 40 por 100 de Gaza y del 60 por 100 de Cisjordania, en conformidad con los «acuerdos» de Oslo.

La censura de la geografía, en el más geográfico de los conflictos, crea un vacío imaginativo -antaoño favorecido intencionadamente, pero hoy más o menos automático- en el que todas las imágenes del conflicto están descontextualizadas. El resultado no es sólo la absurda creencia de que hay un ataque en marcha contra Israel, sino una deshumanización de los palestinos, reducidos al grado de bestias que actúan prácticamente sin discernimiento ni motivos. Así, pues, no hay nada extraño en que las cifras de muertos y heridos omitan constantemente toda mención a la nacionalidad, como si el sufrimiento se repartiera por igual entre las «partes en guerra». Nada se dice de las demoliciones de casas, las expropiaciones de tierras, las detenciones ilegales, las palizas y la tortura. Han quedado olvidadas la limpieza étnica de 1948; las masacres de Qibya, Kafr Qassem, Sabra y Chatila; el desafío a las resoluciones de la ONU y el incumplimiento de la Convención de Ginebra y las décadas de vigilancia militar y discriminación contra la población árabe dentro de Israel. Ariel Sharon es, en el mejor de los casos, un «provocador», ni por asomo un criminal de guerra; Ehud Barak es siempre un estadista, nunca el asesino de Beirut y Túnez. En el libro de cuentas de la moral, el terrorismo se carga siempre a la cuenta de los palestinos, la defensa se abona en la de los israelíes.

Desde el 28 de septiembre de 2000 ha habido una media de entre uno y tres artículos de opinión al día en *New York Times*, *Washington Post*, *Wall Street Journal*, *Los Angeles Times* y *Boston Globe*. A excepción de tal vez tres colaboraciones escritas en favor de los palestinos en *Los Angeles Times* y dos -una por una abogada israelí, Allegra Pacheco; la otra por un liberal jordano favorable a Oslo- en *New York Times*, cada uno de los artículos -incluidas las columnas habituales de Thomas Friedman, William Safire, Charles Krauthammer *et al.*- han apoyado clamorosamente a Israel y han denunciado la violencia palestina, el fundamentalismo islámico y la continua ruptura del «proceso de paz» por parte de Arafat. Los autores de esta implacable marea propagandística son antiguos mandos militares y diplomáticos estadounidenses, funcionarios y apologistas israelíes, expertos regionales y miembros de gabinetes de estrategia, integrantes de *lobbies* y personajes públicos al servicio de Tel Aviv. La premisa tácita de esta ocultación total por parte de los principales grupos de prensa viene a decir que ninguna postura árabe o palestina sobre el terror policial israelí, el colonialismo de los asentamientos o la ocupación militar merece la pena de ser escuchada. En definitiva, el sionismo estadounidense ha hecho de toda discusión sería del pasado o el futuro de Israel -con mucho el mayor receptor de la ayuda exterior de Estados Unidos de la historia- un tabú. No sería exagerado decir que, en sentido estricto, éste constituye el último tabú de la vida pública estadounidense. El aborto, la pena de muerte e inclusive el sacrosanto presupuesto militar pueden ser discutidos con cierta libertad. Puede admitirse el exterminio de los indígenas norteamericanos, impugnar la moralidad de Hiroshima, entregar públicamente a las llamas la bandera nacional. Pero la continuidad sistemática de los 52 años de opresión y maltrato de los palestinos por parte de Israel es prácticamente impronunciable, una narración que no puede salir a la luz pública.

Fanáticos estadounidenses

¿Cómo se explica esta situación? La respuesta reside en el poder de las organizaciones sionistas en la política estadounidense, cuyo papel durante el «proceso de paz» nunca ha sido lo suficientemente estudiado –un descuido que resulta absolutamente pasmoso, toda vez que en lo esencial la política de la OLP ha consistido en poner nuestro destino como pueblo en manos de Estados Unidos, sin ninguna conciencia estratégica de hasta qué punto la política estadounidense está dominada por una exigua minoría cuyos puntos de vista acerca de Oriente Próximo son en algunos aspectos más extremos que los del mismo Likud. Un ejemplo personal puede ilustrar este contraste. Hace no mucho tiempo el periódico israelí *Ha'aretz* envió a un destacado columnista, Ari Shavit, para que pasara varios días conversando conmigo. Un buen resumen de esta larga conversación fue publicada como un cuestionario en el número del 18 de agosto de 2000 del suplemento del periódico, íntegro y sin censura en lo esencial. Me expresé francamente, haciendo hincapié en las expulsiones y los asesinatos de 1948, el derecho a la vuelta de los refugiados y el historial de Israel como potencia de ocupación desde 1967. Mis opiniones fueron presentadas tal y como las manifesté, sin la más mínima intervención editorial por parte de Shavit, cuyas preguntas fueron siempre correctas y carentes de animosidad. Una semana después, *Ha'aretz* publicó una réplica de Meron Benvenisti, ex teniente de alcalde de Jerusalén con Teddy Kollek. En lo personal, estaba lleno de insultos e injurias contra mí y contra mi familia. Pero Benvenisti no negaba en ningún momento la existencia de un pueblo palestino, ni que fuéramos expulsados en 1948. Claro que os conquistamos, decía, –¿por qué tendríamos que sentirnos culpables? Respondí a Benvenisti una semana más tarde, recordando a los lectores israelíes que Benvenisti era responsable de la destrucción de Harit al Magharibah en 1967, donde varios cientos de palestinos perdieron sus hogares a manos de los bulldozers israelíes, y probablemente estaba al corriente del asesinato de algunos de ellos. Pero no tuve que recordar a Benvenisti o a los lectores de *Ha'aretz* que, como pueblo, existíamos y podíamos al menos reclamar nuestro derecho a la vuelta. Era algo que se daba por sentado.

Lo que no se suele tener tan en cuenta es que ni la entrevista ni la polémica podrían haber aparecido en ningún periódico estadounidense y no digamos en uno judeo-estadounidense; y si, *per impossibile*, una tal entrevista hubiera tenido lugar, las preguntas habrían consistido en rudas bravatas del tipo: ¿por qué estuvo implicado en el terrorismo? ¿Por qué nunca reconocerá a Israel? ¿Por qué el Mufti de Jerusalén era nazi?, etc. Mientras que sionistas como Benvenisti, por más que me aborrezcan, nunca negarán que existe un pueblo palestino que fue obligado a marcharse en 1948, un típico sionista estadounidense sostendrá que no hubo tal conquista o, como afirmara Joan Peters en un libro premiado en 1984 y hoy casi olvidado, *From Time Immemorial*, que no había palestinos viviendo en Palestina antes de 1948. Todo israelí sabe perfectamente que la totalidad de Israel fue antaño Palestina, que, como declarara públicamente Moshe Dayan en 1967, cada una de las ciudades o

aldeas israelíes tuvo antaño su nombre árabe. El discurso sionista estadounidense nunca es capaz de esta misma franqueza. Debe divagar continuamente sobre la democracia israelí como una flor en el desierto, eludiendo completamente los hechos esenciales acerca de 1948 que todo israelí conoce al dedillo. Tan alejados de la realidad están los partidarios judeo-estadounidenses de Israel, tan atrapados entre la culpa ideológica –al fin y al cabo, ¿qué significa ser sionista y no emigrar a Israel?– y el pavoneo sociológico –¿no es ésta la comunidad más afortunada de la historia de Estados Unidos, ya que ha proporcionado secretarios de Estado, Defensa, Tesoro y los sucesivos directores del Consejo de Seguridad Nacional en la Administración Clinton?–, que lo que a menudo se deja ver es un aterrador cóctel de violencia delegada contra los árabes, resultado de la ausencia de un contacto continuo con éstos, a diferencia de los judíos israelíes.

Para demasiados sionistas estadounidenses los palestinos no son seres reales, sino fantasmas demonizados –espantosas encarnaciones del terrorismo y el antisemitismo. Un antiguo estudiante mío, producto de la más exquisita educación disponible en Estados Unidos, me escribió hace poco una carta para preguntarme por qué, como palestino, permitía que un nazi como el Mufti de Jerusalén continuara marcando mi agenda política. «Antes de Haj Amin», me informaba, «Jerusalén no era importante para los árabes. Pero éste fue tan pérfido que lo convirtió en una cuestión importante para los árabes con la única intención de frustrar las aspiraciones sionistas, que siempre creyeron en la importancia de Jerusalén». Ésta no es la lógica de alguien que ha vivido con o ha tenido una experiencia personal de relación con los árabes. No es casual que el sionismo, alimentado en Estados Unidos, haya producido las peores aberraciones fanáticas en el mismo Israel. Por algo será que el Dr. Baruch Goldstein, que asesinó a 29 palestinos mientras rezaban tranquilamente en la mezquita de Hebrón, y Rabbi Meir Kahane eran estadounidenses. Lejos de verse rechazados por sus seguidores, ambos continúan siendo venerados hasta el día de hoy. No pocos de los más entusiastas colonos ultraderechistas de Cisjordania o Gaza, que clamorean que la «tierra de Israel» es suya, que odian e ignoran a los habitantes palestinos con los que se cruzan diariamente, también proceden de Estados Unidos. Verles pavonearse con desprecio por las calles de Hebrón como si la ciudad árabe ya fuera suya es una escena aterradora.

Dominio total sobre las decisiones políticas

Pero el papel de estos inmigrantes resulta insignificante al lado del de sus simpatizantes dentro del país. En éste el *American Israel Public Affairs Committee* [Comité de asuntos públicos estadounidense-israelí] –AIPAC– ha sido durante años el *lobby* más poderoso en Washington. Escudado en una población judía bien organizada, bien relacionada, bastante visible y acaudalada, el AIPAC inspira un miedo y un respeto reverenciales en todo el abanico de fuerzas políticas. ¿Quién va a enfrentarse a ese Moloch en favor de los palestinos, que no pueden ofrecer nada, mientras que el

AIPAC puede destruir la carrera política de un congresista a golpe de talonario? En el pasado, uno o dos representantes del Congreso opusieron resistencia públicamente al AIPAC, pero los numerosos comités de acción política controlados por el AIPAC se aseguraron de que nunca volvieran a ser reelegidos. El único senador que en una ocasión intentó vagamente oponerse al AIPAC fue James Abourezk, de Dakota del Sur, que dimitió por motivos personales después de una legislatura. Hoy, la práctica totalidad del Senado puede ser convocada y preparada en cuestión de horas para firmar una carta al presidente en favor de Israel. Nadie ilustra mejor el ascendiente del AIPAC que Hillary Clinton, quien en su ansiosa escalada hacia el poder en Nueva York superó en fervor israelí incluso a los sionistas más ultraderechistas, llegando a pedir el traslado de la embajada estadounidense de Tel Aviv a Jerusalén y la concesión del indulto a Jonathan Pollard, el espía israelí que cumple cadena perpetua en Estados Unidos.

Si éste es el material del cuerpo legislativo, ¿qué cabe esperar del ejecutivo? En un episodio revelador pero que ha pasado desapercibido, el actual embajador en Israel, Martin Indyk, fue privado repentinamente de su acceso a documentos confidenciales por el Departamento de Estado, al parecer por el uso negligente de su ordenador portátil, lo que podría haber revelado información confidencial a «personas no autorizadas». Durante una temporada no pudo entrar o salir del Departamento de Estado sin un acompañante y se le impidió volver a Israel a la espera de los resultados de una investigación exhaustiva¹. No es difícil conjeturar lo ocurrido. El origen del escándalo, naturalmente nunca mencionado en los medios de comunicación, fue el nombramiento en primer lugar de Indyk. La misma víspera de la toma de posesión de Clinton en enero de 1993, se informó que Indyk –un súbdito australiano de origen judío, nacido en Londres– había prestado juramento como ciudadano estadounidense por orden expresa del presidente electo, ignorando todos los trámites habituales en un acto perentorio de privilegio ejecutivo, lo que le permitió ser catapultado inmediatamente al Consejo de Seguridad Nacional con responsabilidades para Oriente Próximo. ¿Qué había sido o hecho Indyk para merecer semejante favor extraordinario? Había sido jefe del Instituto de Estudios Políticos para Oriente Próximo, un grupo de expertos de Washington que ejerce como *lobby* en favor de Israel en tándem con el AIPAC. Como era de esperar, Dennis Ross, un asesor del Departamento de Estado que encabeza la supervisión estadounidense del «proceso de paz», es otro antiguo jefe del mismo Instituto.

¿Cuál es la situación, entonces, en lo que respecta a la sociedad civil? Aquí el consenso en torno a Israel como modelo de democracia que forma un oasis de la modernidad occidental en el desierto político de Oriente Próximo es prácticamente inexpugnable. Si éste presenta cualquier signo de desfallecimiento, interviene una imponente retahíla de organizaciones

¹ En la actualidad Indyk ha sido rehabilitado en todas sus funciones.

sionistas cuyo papel consiste en patrullar el espacio público ante eventuales infracciones. Rabbi Arthur Hertzberg, un respetado clérigo liberal estadounidense, dijo en una ocasión que el sionismo era la religión secular de la comunidad judía estadounidense. Numerosas organizaciones judías dirigen hospitales, museos e institutos de investigación en beneficio de todo el país. Por desgracia, estas nobles iniciativas públicas coexisten con otras, de lo más mezquino e inhumano. Por citar un ejemplo reciente, la *Zionist Organisation of America* (ZOA), un pequeño pero ruidoso grupo de fanáticos, publicó un anuncio de pago en el *New York Times* del 10 de septiembre de 2000 en el que se dirigía a Barak como si éste fuera su empleado, recordándole, en caso de que decidiera negociar el *status* de Jerusalén, que los 6 millones de judíos estadounidenses superan en número a los 5 millones de israelíes. El lenguaje del anuncio era explícitamente amenazador, pues reprendía al primer ministro israelí por proyectar acciones abominables para los judíos estadounidenses. La ZOA cree que tiene derecho a intervenir en los asuntos de todo el mundo. Sus partidarios suelen escribir o llamar por teléfono al presidente de mi universidad para pedirle que me despida o me censure por algo que he dicho, como si las universidades fueran guarderías y los profesores hubieran de ser tratados como delincuentes menores de edad. El año pasado organizaron una campaña para echarme de mi cargo electo de presidente de la *Modern Language Association*, cuyos 30.000 miembros fueron sermoneados por la ZOA como si fueran imbéciles.

En una vena parecida, opinadores profesionales judíos de derechas como Norman Podhoretz, Charles Krauthammer y William Kristol -por citar sólo a algunos de los propagandistas más estridentes- no han vacilado en expresar su disgusto ante la perspectiva de cualquier tipo de concesiones a los palestinos, por muy débiles o falsas que sean, por parte de Israel. El tono de estos autoproclamados guardianes del sionismo es una combinación de arrogancia descarada, mojigatería moral y zalamera hipocresía. Los israelíes más sensatos les miran con repugnancia. Describir sus diatribas como maldiciones del Antiguo Testamento sería un insulto a los profetas. Pero su implacable griterío, que criminaliza constantemente el apoyo a la resistencia palestina contra Israel, puede contar con las mejores cartas ideológicas para ganar en Estados Unidos. Para un sionismo totalitario, toda crítica a Israel es una muestra del más redomado antisemitismo. Si uno no se abstiene, será perseguido como un antisemita digno del más duro oprobio. En la lógica orwelliana del sionismo estadounidense, no es lícito hablar de violencia o de terror judíos cuando se trata de Israel, aunque todo lo que hace Israel lo hace en nombre del pueblo judío, por y para un Estado judío. Ni que decir tiene que, en rigor, el nombre es impropio, ya que casi un quinto de su población no es judía. Son la gente a la que los *media* denominan «árabes israelíes», como si fueran una especie distinta de «los palestinos». ¿Qué lector o telespectador estadounidense sabría que son el mismo pueblo, dividido sólo por décadas de brutal política sionista, que asigna el apartheid a los primeros y la ocupación y la expulsión a los segundos?

Súplicas desdichadas

Sin embargo, lo peor de esta implacable maquinaria de consenso existente en Estados Unidos es la ceguera árabe ante la misma. Cuando la OLP optó, después de la Guerra del Golfo, por seguir el ejemplo de Egipto y Jordania y trabajar lo más estrechamente posible con el gobierno estadounidense, tomó su decisión (como lo hicieran los dos Estados árabes con anterioridad) partiendo de una inmensa ignorancia y de presupuestos hartos asombrosamente equivocados. Un alto diplomático egipcio me expresaba, poco después de 1967, lo esencial de sus cálculos: debemos rendirnos, prometiendo no volver a luchar más: aceptaremos a Israel y el papel determinante de Estados Unidos en nuestro futuro. No cabe duda de que si los árabes hubieran continuado luchando tal y como lo venían haciendo históricamente, ello habría conducido verdaderamente a nuevas derrotas y desastres. Pero ni entonces ni hoy el problema consistía en que la única alternativa fuera la de abandonarnos a la merced de Estados Unidos, diciendo, en efecto: ya no opondremos resistencia, dejadnos unirnos a vosotros, pero, por favor, tratadnos bien. La patética esperanza consistía en que si los árabes pregonaban con suficiente insistencia: «No somos vuestros enemigos», serían recibidos como amigos. Olvidaban que la disparidad de poder no había desaparecido. Desde el punto de vista de los poderosos, ¿en qué afecta a la propia estrategia que un adversario debilitado se rinda y declare: «no me quedan razones para luchar, considérame tu aliado, no tienes más que intentar comprenderme un poco mejor y entonces tal vez seas más justo»?

Ante tales súplicas la Administración estadounidense ha de hacer forzosamente oídos sordos. Todos los acuerdos de paz emprendidos con la ilusión de una «alianza» con Estados Unidos no pueden sino confirmar el poder sionista. El sometimiento pusilánime a los designios estadounidenses para Oriente Próximo, tal y como llevan haciendo los árabes durante casi una generación, no traerá paz ni justicia dentro del país, ni igualdad en el extranjero. Desde mediados de la década de 1980 he intentado convencer a la dirección de la OLP y a todo aquel palestino o árabe con el que he podido hablar, de que la búsqueda de un protector en la Casa Blanca es cabalmente una quimera, ya que todos los últimos presidentes han sido devotos partidarios de los objetivos sionistas y que la única forma de cambiar la política estadounidense habría de consistir en una campaña masiva por los derechos humanos de los palestinos, sorteando al *establishment* sionista y dirigiéndose directamente al pueblo estadounidense. Desinformados, y sin embargo receptivos a los llamamientos a la justicia, los estadounidenses son capaces de reaccionar, tal y como lo hicieron ante la campaña contra el apartheid del ANC, modificando en última instancia la relación de fuerzas en el interior de Sudáfrica. James Zoghby, en aquel entonces un enérgico activista de los derechos humanos, fue uno de los inventores de la idea. Después unió su suerte a las de Arafat, el gobierno estadounidense y el Partido Demócrata, abandonándola por completo.

Pero pronto quedó claro que la OLP no tomará este camino bajo ningún concepto. Para ello hay varias razones. Una estrategia de este tipo exige un trabajo político continuo y tenaz. Debe cimentarse en organizaciones democráticas de base. Sólo puede brotar de un movimiento, no de una iniciativa personal de tal o cual dirigente. Finalmente, pero no por ello menos esencial, requiere un auténtico conocimiento de la sociedad estadounidense, en vez de mojigaterías o clichés superficiales. Lo cierto es que en el interior de Estados Unidos existe una vasta corriente de opinión que suele quedarse perpleja ante la espeluznante retórica del sionismo y que sería susceptible de volverse en su contra, siempre que se emprendiera una campaña masiva en los propios Estados Unidos en favor de los derechos humanos, civiles y políticos palestinos. Lo trágico es que los árabes que viven aquí han sido demasiado débiles, demasiado ignorantes y han estado demasiado divididos para montar un movimiento de tal calibre. Pero a menos que el sionismo estadounidense sea arrostrado en su tierra natal, todas las tentativas de diálogo con Estados Unidos o Israel conducirán al mismo catastrófico e infamante resultado.

Los acuerdos de Oslo difícilmente podrían haber sido más elocuentes a este respecto. Las conversaciones de Wye y Camp David trajeron a casa la misma verdad una vez más. ¿En que ha consistido la «generosidad inaudita» de Barak? La promesa hecha en Wye de una restringidísima retirada militar –de tan sólo un 12 por 100 de los territorios ocupados– nunca ha sido cumplida y en la actualidad ha quedado olvidada. En cambio, los medios de comunicación occidentales ensalzan la generosa oferta de Barak del 90 por 100 de Cisjordania a la OLP, a cambio del abandono a su suerte de los refugiados palestinos por parte de ésta. Lo cierto es que Israel no tiene intención de devolver el Gran Jerusalén, que comprende aproximadamente un 5 por 100 de la mejor tierra cisjordana; o los asentamientos judíos, que vienen a ser otro 15 por 100; por no hablar de las carreteras militares o de las áreas todavía sin determinar. La liberalidad del «90 por 100» se refiere a todo lo que queda una vez que descontamos todo lo anterior. Y en lo que respecta al magnífico gesto de estudiar la autoridad compartida sobre Haram al Sharif, lo pasmosamente tramposo del asunto es que todo Jerusalén oeste (principalmente árabe en 1948) ya ha sido concedido por Arafat, más la mayor parte de un Jerusalén Este que ha experimentado un ensanche considerable.

Hoy la vergonzosa farsa del «proceso de paz» se ha venido abajo, al menos temporalmente, en medio de la explosión de rabia popular entre los palestinos que supuestamente deberían mostrar su gratitud por el proceso. Las piedras y las hondas de los jóvenes hastiados de la injusticia y la represión resisten hoy a un destino degradante, que les es impuesto no sólo por los soldados israelíes, armados por Estados Unidos, sino por un pacto con el sionismo que pretende encerrarles en reservas dignas de animales, patrulladas por el aparato de Arafat con la ayuda militar y financiera estadounidense y en abierta colaboración con Shin Bet y la CIA. La función de los acuerdos de Oslo consiste en enjaular a los palestinos en un

deshecho de sus propias tierras, como si fueran internos de un manicomio o una cárcel. Lo asombroso no es la revuelta popular contra este *diktat*, sino que éste haya podido confundirse en algún momento con la paz en vez de la desolación que en efecto ha sido desde el principio. Una dirección palestina vacilante, incapaz de abandonar o de seguir adelante, ha visto cómo todo se le venía encima. Pero todo indica que una nueva generación no se contentará con el lugar despreciable y denigrante que se le asigna en el diseño sionista y continuará rebelándose hasta que consiga cambiarlo definitivamente.